

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO X.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Apóstoles, 11, bajo.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 431.

MURCIA 24 DE JULIO DE 1898.

La Juventud Literaria

PALIQUE

Pues señor; héme aquí mano sobre mano y la pluma entre una y otra, discurrendo en busca de un asunto que tratar en estas columnas.

¡Ahí es nada! En los tiempos que corremos, suspensas las garantías y el ánimo suspenso; escribir algo interesante, es punto menos que imposible, algo tan difícil como saber lo que pasa allá en la Gran Antilla.

A los pobres de los periodistas nos han tapado la boca con un Decreto y no hay manera de decir dos palabras que valgan la pena de oírse.

Y lo que es ahora, hablarle al lector de cosa que no sea de la guerra presente ó de la paz futura, de la posible venida de la escuadra yanqui á los puertos de la Península, de los desaciertos del Gobierno, ó de algo así, es perder el tiempo y el espacio lastimosamente, pues de seguro que no ha de haber quien dedique su atención á un asunto distinto de esos que he mencionado.

Ahí está la censura diciendo á todos y cada uno de los periodistas.

Y claro, como elogiarse nadie lo vá á elogiar, prohibida la censura, resulta que no se puede decir de él una palabra.

Aunque en último término, eso como todas las cosas, es según y conforme.

Y si nó, vean ustedes. Ahora se me ocurre á mí mentar al Gobierno y lo miento. ¿A que no se atreve nadie á denunciarnos?

Oído á la caja:

«No; jamás nos cansaremos de elogiar á ese Gobierno que tan bien sabe interpretar las aspiraciones de la nación española; á ese Gobierno que con tan exquisito tacto y tan admirable talento dirige la marcha de la guerra; á ese Gobierno que vela solícito por el interés de la patria; á ese Gobierno, á ese...»

La verdad es que se queda uno descansando después de dar un bombito así con tanta justicia.

Y como entre estas y las otras, ya hé emberronado varias cuartillas, hago punto final por hoy y hasta otro día.

El Gobierno mejorará sus heras.



LA VENGANZA

Tenia que suceder:

Isabel, aquella niña que en más de una ocasión sufrira los rigores de sus padres que se habían propuesto casarla con el joven Enrique, el tipo ideal de aquella sociedad, realizó al fin sus dulces ensueños no sin arrostrar los despechos y amenazas de su familia que en ella cifraba su encanto, entregando su blanca mano á Julio, muchacho de posición no muy desahogada, pero de un porvenir risueño y brillante.

Era el preferido de su corazón. ¡Cuántas lágrimas y sinsabores le costó á la pobre Isabel al contrariar los proyectos de los autores de sus días!

Aquel fracaso debió de recibirle Enrique con natural despecho y sembrado en su corazón el germen de un odio profundo hacia la mujer que le había despreciado en su loca pasión.

Con toda aquella contrariedad, Isabel se consideraba feliz con el amor de su idolatrado esposo.

Ya tenemos á la joven pareja en su nueva morada, entregada á las dulces libaciones del amor.

Ambos se prodigaban toda la ternura del más acendrado cariño, convirtiendo aquel hogar en delicioso paraíso, alegrado por el amor de una hermosa mujer que con sus gracias y encantos embriagaban el corazón del esposo amado. Como dos tiernos tertulitos tejían el nido de sus amores, sin que la más leve tristeza turbara su dulce arrullo.

En una palabra, vivían felices y contentos.

Como manso y trasparente lago que se mece amoroso sobre un fondo azul, fueron los primeros años de aquel matrimonio feliz.

Julio llegó á escalar por su talento y reconocida probidad los puestos más preeminentes del foro. Era un afamado letrado, nombre que conquistó con su habilidad ingeniosa, demostrada en las más ruidosas cuestiones que supo afrontar con brillantes y elocuentes defensas.

Gozaba, pues, de una envidiable reputación y era la admiración de sus compañeros de toga que veían en él un paladín esforzado de la humana ciencia del derecho.

No tardó por consiguiente en generalizar la fama de su celebridad.

Ya no era Julio aquel simple muchacho, á quien miraban con despreciativo desdén los «aristócratas» jóvenes de la corte de H... No le faltaban sin embargo, amigos, antiguos compañeros de colegio que constituían el reducido círculo de sus intimidades.

Frecuentaba con ellos las horas que le permitían las funciones de su cargo, uno de los cafés más concurridos de aquella corte. Una noche sentados por costumbre al rededor de una mesa con unos cuantos amigos de buen humor, se abordó una conversacion por uno de aquellos, que rodando rodando vino á recaer en la mujer.

—Dichoso de ti, Julio, que has tenido la fortuna de casarte con un ángel.

—Esa es mi mayor felicidad, contestó aquel, la cual me costó un triunfo el conseguirla. Estaba muy lejos de esperar que aquella niña tan mimada por sus padres, cuyos rigores la llevaron hasta la desesperación, fuera hoy mi mujer; me case; chico, como bien sabe, por oposición.

—Yo pensaba del mismo modo, objetó un tercero, pues conozco á las mujeres por su debilidad. Cuando los padres se oponían á concederte la mano de la chica, temí que te naufragaras á la orilla.

—Ha sido una buena adquisición.

—Desengañaos y moderad vuestro entusiasmo; cuántas de esas mujeres que por su falsa concluyen por entregar su mano al «cándido» galán que tiene la desgracia de ser victima de su frivolidad. Yo tuve una novia, toda ella bondad y ternura que después de darme pruebas de su amor, dióme al fin la castaña. Después de todo ha sido una mujer... «coqueta» por no decir otra cosa.

—¿Cómo es su nombre?

Y fijándose aquel en su interlocutor para examinar el efecto que le producían sus palabras prosigió:

—No tengo inconveniente en revelarlo, se llama Isabel Osma.

Un murmullo de indignacion se dejó oír entre los circunstantes.

Julio se estremeció ante aquella atrevida revelación, levantándose bruscamente de su asiento.

—Sepa usted, caballero, que esa mujer á quien acababa usted de injuriar es la mujer de Julio Delacourt. Y sin dejar tiempo á que su provocador volviese á replicar, alargó la mano y le abofetó el rostro.

Rodeáronles los amigos, pero todo ha sido inútil.

Cruzáronse las tarjetas y el lance era inevitable; el ofendido pedía un duelo á muerte. Era lo inesperado.

Al día siguiente, tempranito, un caballero llegaba con otros dos al parque de S... y á los pocos minutos otros tres se apeaban de su coche en el aquel mismo sitio. Estos últimos eran Julio y sus dos padrinos. Examinaron las armas y cuando se convencieron de que estaban perfectamente bien se las entregaron á los combatientes. El lance es-

taba acordado á pistola y á diez pasos de distancia.

Colocados en el sitio los adversarios, los padrinos dieron la señal convenida. Sonaron dos tiros y un cadáver cae al suelo... acuden los testigos y encuentran al pobre Julio en el suelo bañado en su sangre.

Estaba mortalmente herido. El rival que le había herido, era Enrique, el novio desdichado por Isabel.

Su venganza se había realizado.

COLOMO



Hechos y dichos

Quien del prógimo se chunga
Se expone á igual tratamiento.
Como lo prueba este cuentico.
Que, visto tiene sandunga.

Una carta Isabelilla
Mandó un día á su galán
Con este sobre: «A mi Juan,» har-
«El que vive en la» bo-
Hizo reír esto al majo,
Y tomando otro papel
Puso el sobre: «A mi Isabel»
«La que está en el» cuar-
to-
ba-
jo.

A un sujeto muy supersticioso se le volcó el salero una mañana cuando estaba armerzando.

Dos horas después recibía la noticia de la repentina muerte de su mujer, que estaba en baños.

Una hora más tarde le cayó sobre el pantalón claro que llevaba un tintero.

—¿No lo dije—exclamó,—que me iba á suceder hoy algo?

Ya he perdido un patalón.

En unos exámenes.

—¿Qué es patrimonio?

—El caudal que hereda uno de su padre.

—¿Y matrimino?

—El que se hereda de la madre.

—¿A dónde vá á ir este verano?

—A Biarritz.

